

operaciones del alma: la inteligencia, a la que se encuentra en el primer plano; el pensamiento, a la segunda; la fe, a la tercera, y la conjetura, a la última. Concédéles también un orden racional que atienda a la participación de

LIBRO SEPTIMO

I. —Después de esto—añadió—, represente la naturaleza humana en la siguiente conjuntura, con relación a la educación y a la falta de ella. Imagine una caverna subterránea, que dispone de una larga entrada para la luz a todo lo largo de ella, y figúrate unos hombres que se encuentran ahí ya desde la niñez, atados por los pies y el cuello, de tal modo que hayan de permanecer en la misma posición y mirando tan solo hacia adentro, imposibilitados como están por las cadenas de volver la vista hacia atrás. Pon a su espalda la llama de un fuego que arde sobre una altura a distancia de ellos, y entre el fuego y los cautivos un camino eminente flanqueado por un muro, semejante a los tabiques que se colocan entre los charlatanes y el público para que aquellos puedan mostrar, sobre ese muro, las maravillas de que disponen¹⁴.

—Ya me imagino eso—dijo.—Pues bien: observa ahora a lo largo de ese muro unos hombres que llevan objetos de todas clases que sobresalen sobre él, y figuras de hombres o de animales, hechas de piedra, de madera y de otros materiales. Es natural que entre estos portadores unos vayan hablando y otros pasen en silencio.

—¡Extrañas imágenes describes—dijo—y extraños son también esos prisioneros!

—Sin embargo, son semejantes en todo a nosotros—observé—. Porque, ¿crees en primer lugar que esos hombres han visto de sí mismos o de otros algo que no sea las sombras proyectadas por el fuego en la caverna, exactamente enfrente ellos?

—¿Cómo—dijo—iban a poder verlo, si du-

¹⁴ Platón presenta aquí la célebre alegoría de la caverna, una de las más singulares de su mundo mítico. La imagen del hombre prisionero en este mundo —mundo de sombras—, es típica de la concepción platónica.

—Sin duda alguna—contestó.

II. —Y si, por añadidura, se le forzase a mirar a la luz misma, ¿no sentiría sus ojos doloridos y trataría de huir, volviéndose hacia las sombras que contempla con facilidad y pensando que son ellas más reales y diáfanas que todo lo que se le muestra?

—Eso ocurriría—dijo.

—Y si ahora le llevasen a la fuerza por la farsa y escarpada subida y no le dejases la mano hasta enfrentarle con la luz del sol, ¿no sufriría dolor y se indignaría contra el que le arrastrase, y luego, cuando estuviese ante la luz, no tendría los ojos hartos de tanto resplandor, hasta el punto de no poder ver ninguno de los objetos que llamamos verdaderos?

—Es claro que, de momento, no podría hacerlo—dijo.

—Solo la fuerza de la costumbre, creo yo, le habituaria a ver las cosas de lo alto. Primero, distinguiría con más facilidad las sombras, y después de esto, las imágenes de los hombres y demás objetos, reflejados en las aguas; por último, percibiría los objetos mismos. En adelante, le resultaría más fácil contemplar por la noche las cosas del cielo y el mismo cielo, mirando para ello a la luz de las estrellas y a la luna, que durante el día el sol y todo lo que a él pertenece.

—¿Cómo no?

—Y finalmente, según yo creo, podría ver y contemplar el sol, no en sus imágenes reflejadas en las aguas, ni en otro lugar extraño, sino en sí mismo y tal cual es.

—Necesariamente—dijo.

—Entonces, ya le sería posible deducir, respecto al sol, que es él quien produce las estaciones y los años y endereza a la vez todo lo que acontece en la región visible, siendo, por tanto, la causa de todas las cosas que se veían en la caverna.

—Está claro—dijo—que después de todo aquello vendría a parar en estas conclusiones.

—Pues qué, ¿qué ocurriría cuando recordase su primera morada y la ciencia de que tanto él como sus compañeros de prisión disfrutaban allí? ¿No crees que se regocijaría con el cambio y que compadecería la situación de aquellos?

—Desde luego.

—¿Y te parece que llegaría a desear los ho-

nores, las alabanzas o las recompensas que se concedían en la caverna a los que demostraban más agudeza al contemplar las sombras que pasaban y acordarse con más certidumbre del orden que ocupaban, circunstancia más propia que ninguna otra para la profecía del futuro? ¿Podría sentir envidia de los que recibiesen esos honores o disfrutasen de ese poder, o experimentar lo mismo que Homero, esto es, que preferiría más que nada «ser labriego al servicio de otro hombre sin bienes» o sufrir cualquier otra vicisitud que sobrellevar la vida de aquellos en un mundo de mera opinión?

—A mi juicio—dijo—, aceptaría vivir así antes que amoldarse a una vida como la de aquellos.

—Pues ahora medita un poco en esto—añadió—. Si vuelvo de nuevo a la caverna, disfrutase allí del mismo asiento, ¿no piensas que ese mismo cambio, esto es, el abandono súbito de la luz del sol, deslumbraría sus ojos hasta cegarle?

—En efecto—dijo.

—Supón también que tenga que disputar otra vez con los que continúan en la prisión, dando a conocer su parecer sobre las sombras en el momento en que aún mantiene su cortedad de vista y no ha llegado a alcanzar la plenitud de la visión. Desde luego, será corto el tiempo de habituación a su nuevo estado, pero ¿no movería a risa y no obligaría a decir que, precisamente por haber salido fuera de la caverna había perdido la vista, y que, por tanto, no convenía intentar esa subida? ¿No procederían a dar muerte, si pudiesen cogerle en sus manos y matarle, al que intentase desatarles y obligarles a la ascensión?

—Sin duda—dijo.

III. —Pues bien, mi querido Glaucon—dije—: toda esta imagen debe ponerse en relación con lo dicho anteriormente; por ejemplo, con la morada de los prisioneros, y esa luz del fuego de que se habla con el poder del sol. No te equivocará si comparas esa subida al mundo de arriba y la contemplación de las cosas que en él hay, con la ascensión del alma hasta la región de lo inteligible. Este es mi pensamiento que tanto deseabas escuchar. Solo Dios sabe si está conforme con la realidad. Pero seguiré dándotelo a conocer: lo último

que se percibe, aunque ya difícilmente, en el mundo inteligible es la idea del bien, idea que, una vez percibida, da pie para afirmar que es la causa de todo lo recto y hermoso que existe en todas las cosas. En el mundo visible ha producido la luz y el astro señor de esta¹⁵, y en el inteligible, la verdad y el puro conocimiento. Conviene, pues, que tenga los ojos fijos en ella quien quiera proceder sensatamente tanto en su vida pública como privada.

—Convengo contigo—afirmó—en la medida en que ello me es posible.

—Tendrás que convenir también—dijo yo—que no hay razón para extrañarse de que los que han llegado a esa contemplación no deseen ocuparse ya de las cosas humanas y anhelan más que sus almas asciendan a lo alto. Parece lógico que ocurra así si lo que digo se muestra de acuerdo con la imagen ya referida.

—Lógico de todo punto—dijo.

—Pues qué, ¿juzas extraño—pregunté—que al pasar un hombre de la contemplación de las cosas divinas a las miserias humanas, obre torpemente y caiga en el más deplorable de los ridículos cuando, con toda su cortadía de vista y no suficientemente habituado a las tinieblas, se vea obligado a discutir sobre las sombras de lo justo o las imágenes de que son reflejo esas mismas sombras, e incluso a luchar por esa causa, precisamente con quienes no han tenido nunca ocasión de admirar la justicia en sí?

—Nada extraño me parece—dijo.

—Creo, por el contrario—prosegui—, que cualquier hombre sensato recordará que dos son las maneras y dos son las causas que producen la turbación de los ojos: una, el pasar de la luz a la oscuridad; otra, el pasar de la oscuridad a la luz. Seguro que no se echará a reír sin más, luego que haya pensado que en la misma situación se encuentra el alma cuando se turba y no puede distinguir los objetos; entonces comprobará que al porvenir de una vida más luminosa, la falta de hábito le produce esa ceguera, o que, al pasar de una mayor ignorancia a una mayor claridad, se ve deslumbrada por el resplandor de esta. De igual modo, la primera alma le parecerá feliz por su conducta y por su vida, y la segunda

de su mirada, lo será también de los males que cometa el alma?

—Naturalmente—contestó.

—Sin embargo—prosegui—, si ya desde la infancia se procediese a una poda radical de esas tendencias innatas que, como bolas de plomo y empujadas por la glotonería y otros placeres por el estilo, inclinan hacia abajo la visión del alma; si, liberada de ellas, se volviese, en cambio, hacia la verdad, esa alma de esos mismos hombres la vería con gran agudeza, no de otro modo que las cosas que ahora ve.

—En efecto—dijo.

—Pues qué—pregunté—, ¿no es natural y se deduce necesariamente de todo lo dicho con anterioridad que ni los faltos de educación y alejados de la verdad resultan adecuados en ninguna ocasión para regentar la ciudad, ni tampoco los que emplean todo su tiempo en el estudio? Los primeros, porque no tienen en su vida objetivo alguno que regule todas las actividades que deben desarrollarse en sus relaciones públicas como privadas; los segundos, porque no consentirán en ello voluntariamente, creyendo que viven ya en las islas de los bienaventurados.

—Es verdad—dijo.

—Corresponde, pues, a nosotros—añadí—obligar a los hombres de mejor condición a que se apliquen al conocimiento que antes considerábamos como el más importante, con objeto de que contemplen el bien y practiquen la ascensión aquella. Luego, después de haber realizado la subida y contemplado de manera suficiente el bien, no podrá permitirseles lo que ahora se les permite.

—¿Y qué es eso?

—El que permanezcan en la situación referida, sin querer bajar de nuevo hasta la caverna de los prisioneros ni participar en los trabajos y en los honores de estos, sean de poco o de mucho valor.

—Si es así—dijo—, ¿no cometeremos una injusticia con ellos y haremos que vivan peor cuando les es posible vivir mejor?

V. —Creo que echas en olvido, querido amigo—objeté—, que es indiferente para la ciudad que exista en ella una clase de hombres privilegiados, pues el objetivo importante es que alcance este honor a todos los ciudadanos. Lo que interesa a la ley es llevar el orden a los

que viven en la ciudad, bien sea por el convencimiento o por la fuerza, haciendo a la vez que unos ciudadanos presten a los otros el apoyo que necesitan para el bien de la comunidad y formando ciudadanos de esa clase en la ciudad, no para dejarles cumplir su capricho, sino para servirse de ellos con miras a la unificación de aquella.

—Ciertamente—repuso—, ya lo echaba en olvido.

—Ten presente, querido Glaucón—dije—, que no podemos cometer injusticia con los filósofos que se encuentran entre nosotros, sino que, por el contrario, hemos de obligarles con palabras justas a que cuiden y vigilen a los demás. Les diremos que, en efecto, en las demás ciudades los filósofos no participan naturalmente de esos trabajos; ahora bien: en estas se forman solos, sin intromisión alguna en su vida del régimen político, por lo cual también es justo que al no deber protección a nadie, tampoco los prodiguen a los demás. Pero a vosotros os hemos dado nosotros el ser, con objeto de que lo empleéis en vuestro provecho y en el de la ciudad, como jefes y reyes de la colmena, mejor y más celosamente educados que aquellos y con más posibilidad de participar de ambas cosas. Os convendrá descender a la morada de los demás para acostumbrar vuestros ojos a las tinieblas. Y una vez que hayáis adquirido ese hábito, veréis mucho mejor que los de allí y conoceréis a la perfección cada imagen y a qué seres corresponde, porque habréis visto ya la verdad en relación con lo bello, lo justo y lo bueno. De este modo, nuestra ciudad y la vuestra será una plena realidad y no un sueño, como ocurre ahora a la mayoría de ellas, con las luchas fútiles y las disputas de unos ciudadanos con otros por el poder, al igual que si se tratase de algún gran bien. La verdad, sencillamente, se reduce a esto: la ciudad en la que muestren menos deseos de gobernar los que deben hacerlo será, sin duda, la mejor y necesariamente la más tranquila; y ocurrirá lo contrario en aquella que presenten un cariz de gobierno distinto.

—Seguramente—dijo.

—¿Crees, por tanto, que nuestros pupilos no darán oídos a nuestras palabras y que no desearán también compartir los trabajos que les correspondían en la ciudad, conviviendo

después en un mundo de pureza durante largo tiempo?

—Imposible—dijo—, pues estas son cosas justas, ordenadas a hombres justos. Ahora bien: cada uno de ellos aceptará el gobierno como algo inevitable, al contrario de lo que acontece ahora a los gobernantes de las ciudades.

—Eso es, en efecto, mi querido amigo—afirmé—. Busca si acaso para los que han de gobernar una vida mejor que la actual y podrás contar entonces con una ciudad bien gobernada. Será esta la única ciudad cuyo gobierno detenten los verdaderamente ricos, pero no en oro, sino en lo que conviene poseer para disfrutar de la felicidad, esto es, una vida buena y sensata. Si son, en cambio, pobres y hambrientos los que ansían el mando, en la idea de que ahí encontrarán dónde satisfacerse, ese fin no será alcanzado. Porque una vez desatada la lucha por el poder, esa misma disputa doméstica e intestina traerá consigo la ruina de los gobernantes y de la ciudad.

—Tienes razón—asintió.
—Pero ¿puedes presentar otra vida—pregunté—que desprecie los cargos de gobierno y que no sea la del verdadero filósofo?

—No, ¡por Zeus!—dijo.
—Sin embargo, será eso precisamente lo que convenga: que no vayan a los cargos con pasión por ellos, porque en ese caso surgirán disputas de rivalidad.

—¿Cómo no?
—¿Quiénes habrán de ser, pues, los llamados a vigilar la ciudad, sino aquellos que además de los mejores conocimientos sobre el gobierno, atesoran en sí mismos unos honores y una vida mejor que la del político?
—No otros que los que tú dices—afirmé.

VI. —¿Quieres, pues, que consideremos de qué manera se formarán esos hombres y cómo podrá conducirles hasta la luz, al modo como, según se dice, ascendieron algunos desde la mansión del Hades hasta la de los dioses?
—¿Cómo no voy a querer?—contesté.
—No se trata aquí, al parecer, de practicar el juego de la teja. Lo que importa es que el alma pase de la región de las tinieblas a la de la verdad; entonces se producirá la ascensión hacia el ser, a la que llamaremos la verdadera filosofía.

—Pues a la que resulta tan común por el uso que hacen de ellas las artes, los discursos y las ciencias. Con esta habrá que contar entre las primeras.

—Sigo formulándote la pregunta—dijo.
—Es la que enseña—añadi—lo que es uno, dos y tres, cosa bien vulgar por cierto. En resumen, trata del número y del cálculo. Porque, ¿no es verdad que todo arte y toda ciencia se ven obligadas a participar de ella?

—Desde luego—asintió.
—¿No acude a esta ciencia—pregunté—el arte militar?

—Necesariamente—dijo.
—Ridículo general—añadi—es el Agamenón que nos presenta repetidamente Palamedes en las tragedias. ¿No te has fijado que habla de haber inventado los números, de que ordenó el ejército situado ante Ilión, de que procedió al recuento de las naves y a todo lo demás, como si Agamenón, al parecer por no saber contar, no pudiese decir siquiera cuántos pies tenía? ¿Qué clase de juicio podrías formar de un general de este talante?

—Muy extraño resultaría—dijo—si eso que antecede es verdad.

VII. —¿Qué otra ciencia, pues, será más necesaria para el guerrero que la de poder contar y calcular?

—Esa antes que ninguna otra—dijo—si quiere llegar a entender algo sobre la manera de ordenar un ejército o si, al menos, desea hacerse un hombre.

—¿Estás, por tanto, de acuerdo conmigo—pregunté—respecto a esta ciencia?

—¿A qué te refieres?

—Me parece que es ella una de las que buscamos como conducente por naturaleza al conocimiento puro. Ahora bien: nadie se sirve de esta ciencia con recitido, aunque nos arrastre enteramente hacia la esencia de las cosas.

—¿Cómo dices?—preguntó.
—Trataré de mostrarte—proseguí—cuál es mi opinión a este respecto. Pero, desde luego, deberás distinguir conmigo las cosas que pueden conducirnos al fin indicado. Después podrás afirmar o negar según lo creas oportuno, para que veamos con más claridad si todo eso ocurre como yo lo imagino.

—Habla entonces—dijo.
—Te haré patente, si quieres aceptarlo así,

lo que acontece con los objetos de la sensación. Hay unos que no invitan a la inteligencia a su examen, por caer de lleno en el juicio de los sentidos; otros, en cambio, la exhortan con insistencia a que reflexionen sobre ellos, porque de los sentidos nada sano puede esperarse.
—Te refieres, sin duda—advirtió—, a las cosas percibidas a lo lejos y a las pinturas en clarooscuro.

—No pareces entender lo que digo—contesté.

—Dime, pues, a qué te refieres—inquirió.
—Estimo como objetos que no invitan a la inteligencia—añadi—cuantos no desembocan a la vez en dos sensaciones contrarias. Y considero como objetos que la invitan aquellos que si desembocan, puesto que con la sensación no se nos manifiesta que el objeto sea esto o su contrario, aunque se encuentre a inmediata o lejos de ella. Quizá se te presenten más claras las cosas de la siguiente manera: aquí tenemos tres dedos, a los que llamamos el más pequeño, el segundo y el medio.

—En efecto—dijo.
—Estoy hablando de ellos como si los hubiese visto de cerca. Pero haz conmigo esta observación.

—¿Cuál?
—Es evidente que cada uno de ellos se nos aparece igualmente como un dedo, para lo cual no importa que se le vea en medio o a un extremo, de color blanco o negro, gordo o delgado, o de cualquiera otra manera parecida. En todas estas cosas el alma de la mayoría no viene obligada a preguntar a la inteligencia qué es un dedo, porque la vista no le ha mostrado que el dedo sea a la vez lo contrario de un dedo.

—Desde luego, no se lo ha mostrado—dijo.
—Es natural—proseguí—que una cosa de esta naturaleza no llame la atención ni despierte al entendimiento.

—Si que lo es.
—Pues qué, ¿puede la vista apreciar como es debido la grandeza o la pequeñez de los dedos, sin tener en cuenta para nada que uno de ellos se encuentre en el medio o en un extremo? ¿Cabría decir lo mismo del tacto con respecto al grosor y a la delgadez, o a la blandura y a la dureza? Y los demás sentidos, ¿no se muestran también deficientes respecto

a sus objetos? ¿No ocurre con cada uno de los sentidos que primero se ve forzado a juzgar de una cosa y después de otra, y así, por ejemplo, juzga de lo blanco el sentido preparado para lo duro, anunciando luego al alma que el objeto que la afecta es al mismo tiempo duro y blanco?

—Eso ocurre—afirmó.

—¿Y no es necesario—dije yo—que en tales circunstancias el alma no sepa con seguridad qué es lo que la sensación le presenta como duro, ya que a esto mismo le atribuye la blandura, y qué es también lo que considera como ligero y pesado, cuando da el nombre de ligero a lo pesado y viceversa?

—Es claro—repuso—que esos testimonios resultan extraños para el alma y se ven necesitados de consideración.

—Será natural, pues—indicé—, que en casos así el alma intente primeramente ayudarse con el cálculo y la inteligencia, tratando de averiguar si son una o dos cada una de las cosas que los sentidos le presentan.

—¿Cómo no?

—Pero si parecen ser dos, ¿no se mostrarán distintas una de otra?

—Sí.

—Y, en cambio, si cada una le parece ser una, y ambas dos, se le mostrarán realmente como separadas. Porque si así no fuese, entonces no podría pensarlas como dos, sino como una.

—Ciertamente.

—Decíamos en verdad que la vista percibía lo grande y lo pequeño, pero no separado, sino mezclado. ¿No es eso?

—Sí.

—En orden a la clarividencia de esto, el entendimiento se ve forzado a considerar lo grande y lo pequeño no como realmente mezclado, sino como separado. Procede, pues, de manera contraria a la vista.

—Verdaderamente que sí.

—¿No será este el motivo de que comencemos a preguntarnos qué es lo grande y qué es lo pequeño?

—Sin duda alguna.

—Y del mismo modo, claro está, distinguimos de una parte lo inteligible y de otra lo visible.

—Justamente.

—Y bien sabes tú que nuestro guardián habrá de ser guerrero y filósofo.

—En efecto.

—Convenirá, por tanto, Glaucón, imponer esta enseñanza por medio de una ley y vencer a los que deban ocupar los puestos de gobierno de la ciudad para que desarrollen su gusto por la ciencia del cálculo, pero no de una manera superficial, sino hasta alcanzar la contemplación de la naturaleza de los números sirviéndose de la inteligencia. Porque aquella no es de uso exclusivo de los comerciantes y charmarileros, ni se cite tan solo a las compras y a las ventas, sino que puede aplicarse a la guerra y a facilitar una vuelta del alma misma al mundo de la verdad y de la esencia.

—Tienes razón.

—Ahora caigo yo—añadí—, después de lo dicho sobre la ciencia del cálculo, en lo excelente y útil que resulta en muchos aspectos para el fin que perseguimos. Pero se trata de utilizarla para adquirir conocimiento y no para traficar con ella.

—¿Qué intención te guía entonces?—preguntó.

—Pues la que has oído. Porque es lo cierto que esa ciencia conduce al alma hacia lo alto y la obliga a razonar sobre los números, sin permitir de ningún modo que nadie presente el ejemplo de números corpóreos y tangibles. Sabes bien que cuantos tienen conocimiento de esas cosas toman a mofa y no dan oídos al que trata de dividir la unidad en sí. Y si tú divides, ellos mismos la multiplican, temerosos de que la unidad no parezca lo que es, sino una reunión de partes.

—Verdad es lo que afirmas—dijo.

—Bien. Y si se les hiciese, Glaucón, la siguiente pregunta: «¿Oh, admirables varones! Encuentran ciertamente los que vosotros suponéis, iguales por entero entre sí y sin que ofrezcan diferencia alguna ni partes que les compongan?» ¿Podrías tú adelantarte a responder?

—Creo, yo al menos, que hablan de cosas a las que solo debe aplicarse la inteligencia y de ningún modo cualquier otra facultad cognoscitiva.

—Compruebas entonces, querido amigo

—dije yo—, que esa ciencia se nos presenta con visos de necesaria, puesto que parece forzar al alma a servirse de la inteligencia pura para alcanzar la verdad en sí.

—Y lo hace—dijo—con maravillosa propiedad.

—¿Pues qué? ¿No te has parado a observar que los hombres calculadores por naturaleza manifestaban notable facilidad por así decirlo para todas las ciencias, y que, por otra parte, los espíritus torpes, si son educados y ejercitados en aquel conocimiento, obtienen de él, si no otra cosa, una mayor agudeza de la que antes carecían?

—Así es—asintió.

—Sin embargo, a mi entender, pocas ciencias podrás encontrar que ofrezcan más dificultades al que trata de aprenderla y ejercitarse en ella.

—Pocas en efecto.

—Por eso mismo, no convenirá desdeñarla. Y deberá consagrarse a ella a los que demuestren mejor disposición natural.

—Convengo contigo—dijo.

IX. —Queda, pues, adoptada—advertí— como la primera de las ciencias. Ahora tendremos que considerar si nos conviene la ciencia que sigue a esta.

—¿Cuál es? ¿Te refieres—preguntó—a la geometría?

—Tú lo has dicho—contesté.

—Creo que si nos interesa—afirmó—en cuanto tenga relación con las cosas de la guerra. Mucho diferirá el gémetra del que no lo es al disponer los campamentos de un ejército, o la toma de posiciones, o las concentraciones, o los despliegues de hombres, o cualesquiera otras maniobras que realicen las tropas en el campo de batalla o en una simple marcha.

—Mas, para todo esto—observé yo—poca geometría y poco cálculo se necesitarán. Lo que sin duda debemos examinar es si la parte mayor y más elevada de esta ciencia nos conduce a lo que antes decíamos: es decir, a una contemplación más factible de la idea del bien. Conducen a ella, afirmábamos, todas aquellas cosas que fuerzan al alma a volverse hacia el lugar en el que se encuentra lo más feliz de cuanto es, y a donde conviene que mire de todos los modos posibles.

—Estás en lo cierto—dijo.

—Se evidencia, pues, que si la geometría nos obliga a contemplar la esencia, conviene aceptarla; no así si se detiene en la generación.

—Lo damos por bueno.

—Pues bien—agregué—: no creo que ninguno de los que se dedican a la geometría, por poca práctica que tengan de ella, vayan a ponerse en duda que esta ciencia ofrece perspectivas contrarias a las mantenidas por sus verdaderos usuarios.

—¿Cómo?—preguntó.

—Dicen muchas cosas que por fuerza resultan ridiculas. Pues hablan como si realmente actuasen y como si sus palabras tuviesen tan solo un fin práctico, adornando su lenguaje de términos como «cuadrar», «prolongar» y «adicionar». Y, sin embargo, toda esta ciencia se aplica fundamentalmente al conocimiento.

—Sí, por entero—dijo.

—¿No querrás convenir aún en lo que voy a decir?

—¿En qué?

—En que esta es una ciencia del conocimiento del ser, pero no de lo que está sujeto a la generación y a la muerte.

—Conforme en todo con ello—dijo—, pues sin duda la geometría es una ciencia de lo que siempre es.

—Por tanto, mi buen amigo, conducirá al alma hacia la verdad y dispondrá la mente del filósofo para que eleve su mirada hacia arriba en vez de dirigirla a las cosas de abajo, que ahora contemplamos sin deber hacerlo.

—Será esa su gran tarea—advertió.

—Y no otra—añadió—la que habrá de encomendarse a los que vivan en tu hermosa ciudad, para que de ningún modo desdienten el estudio de la geometría. Porque tampoco son pequeñas las ventajas que otorga de pasada.

—¿Cuáles son?—preguntó.

—Además de las que tú has dicho—respondí—, todas ellas referentes a la guerra, aquellas otras que facilitan en mayor grado el estudio de las ciencias, cualesquiera que estas sean. Pues no desconoce nadie que existe una diferencia radical entre quien se ha dedicado a la geometría y quien no.

—Sí, ¡por Zeus!, la diferencia es grande—asintió—.

ellas el hecho de que no exista ninguna ciudad que aprecie debidamente estos conocimientos, en los que se trabaja débilmente por su misma dificultad. La otra, el que los investigadores tengan necesidad de echar mano de un guía, sin el cual su búsqueda resultaría estéril. Este es el primer lugar, no se encontrará fácilmente, y en segundo lugar, si realmente se encuentran, no sería obedecido por todos aquellos que investigan con manifiesta presunción.

Ahora bien: si fuese la ciudad entera la que se preocupase por estas cuestiones, habría ciertamente una aplicación ininterrumpida a ellas, con una tensión renovada en la búsqueda para mostrar dónde se halla la verdad. Pues aún ahora, desdichadas y entorpecidas por la mayoría, e incluso por los que se dedican a ellas, que no alcanzan siquiera la razón de su utilidad, remontan todos los obstáculos y se desarrollan por su mismo encanto, con lo cual nada admirable resulta que se nos ofrezcan en este estado.

—Desde luego—afirmó—, el encanto que poseen es extraordinario. Pero explícamente más claridad lo que decías hace un momento. ¿No era para ti lo primero el estudio de las superficies, o lo que es lo mismo, de la geometría?

—Sí—contesté.

—Después de esta ciencia colocaste primeramente la astronomía, pero en seguida diste marcha atrás.

—La razón está en mi propia premura, que produce efectos contrarios; me retrasa en vez de facilitar mi camino. Debiera haber hablado del desarrollo en profundidad, que deje a un lado por no referirme a una investigación ridícula. Mencione, en cambio, a la astronomía después de la geometría, considerando así el movimiento en profundidad.

—Dices bien—asintió.

—Pongamos, pues, a la astronomía en el cuarto lugar—indiqué—, y reservemos el tercer para esa ciencia que ahora hemos omitido, siempre claro está, que la ciudad quiera adoptarla.

—Es natural—dijo—. Mas, dado que hace un momento me prendías, Sócrates, por mi importuna alabanza de la astronomía, ahora la ensalzaré con tus mismas razones. Me parece a mí plenamente evidente para todos que esta

ciencia obliga al alma a mirar hacia arriba y la conduce de las cosas de aquí abajo a las del cielo.

—Quizá—objeté—sea eso evidente para todos, pero para mí no lo es. Porque yo no comparto esta opinión.

—¿Y cuál es tu opinión entonces?—preguntó.

—Pues que, tal como la practican los que ahora quieren elevarla al rango de filosofía, obliga a mirar no hacia arriba, sino hacia abajo.

—¿Cómo dices?—preguntó de nuevo.

—Me parece—proseguí—que no das un sentido mezuquino a esa ciencia que se ocupa de las cosas de lo alto. Te presentaré el caso de una persona que, al mirar hacia arriba, observara en el techo una gran variedad de colores. Siguiendo tu razonamiento, parecería que contempla con la inteligencia y no con los ojos. Bien: quizá seas tú el que piensas como se debe y yo, en cambio, de una manera simple. Pero, realmente, no puedo creer que haya otra ciencia que obligue al alma a mirar hacia arriba sino aquella que tiene por objeto el ser y lo invisible. Digo, pues, que si alguien intenta conocer una cosa sensible, no podrá alcanzarla conociendo hacia arriba con la boca abierta y hacia abajo con la boca cerrada; y ello porque no cae en el campo del conocimiento. Así, pues, su alma no mirará hacia lo alto, sino más bien hacia abajo, aunque se encuentra recostada de espaldas sobre la tierra o sobre el mar.

XI.—Razón tienes en reprenderme—dijo—, porque merecido es el reproche. Pero ¿de qué manera conviene estudiar la astronomía, y no como ahora, para que su conocimiento no reporte alguna utilidad en relación con lo que decimos?

—Te lo expondré en seguida—afirmé—. Hemos de pensar, desde luego, de esa política con que está adornado el cielo, que es, con mucho, lo más hermoso y lo más perfecto que puede existir. Ahora bien: esa belleza queda muy por debajo de la belleza verdadera, que es la que produce la velocidad y la lentitud características en la relación de ambas, según el verdadero número y según todas las verdaderas figuras que se mueven a sí mismas y mueven a la vez lo que hay en ellas. Todo esto

es accesible a la razón y al pensamiento, pero no a la vista. ¿No lo crees así?

—De ningún modo.

—Hemos de servirnos, pues—dije—, de la imagen de ese cielo policromado como ejemplo que nos procure la comprensión de todas esas cosas. Procedamos, por consiguiente, de la misma manera que lo haríamos con dibujos perfectamente diseñados y trabajados por Dédalo o por cualquier otro artista o pintor. Un hombre práctico en la geometría pensaría, sin duda, al contemplar una obra de esta naturaleza, que sería difícil otra igual; mas consideraría ridículo dedicarle un estudio serio, en la idea de descubrir ahí la verdadera igualdad, o la esencia de lo doble o de cualquier otra simetría.

—Claro que sería ridículo—dijo.

—¿Y no ocurrirá lo mismo al astrónomo —añadí—cuando se pare a observar seriamente los movimientos de los astros? Consideraré que quien ha hecho el cielo reunió en él y lo que en él se encuentra la mayor belleza posible para una obra de esta naturaleza; pero en cuanto a la relación de la noche al día y de estos con respecto al mes, así como del mes con respecto al año y a los demás astros que mantienen relaciones mutuas, ¿no crees que juzgará extraño al que imagine que todo esto ocurre siempre así y que de ninguna manera puede cambiar, aun estando por medio los cuerpos y las cosas que se ven, e intente descubrir a todo trance la verdad que aquí se oculta?

—Conforme con tu opinión—dijo—después de haberte oído hablar.

—Por tanto—advertí—, para la práctica de la astronomía acudiremos a los problemas, lo mismo que cuando empleamos la geometría. Dejaremos a un lado las cosas del cielo, si realmente queremos, ahondando en el estudio de la astronomía, obtener algún provecho de la parte inteligentísima que por naturaleza hay en el alma.

—Prescribes, pues—dijo—, a quienes se entregan a la astronomía, una tarea mucho más dura que la actual.

—Igual debemos proceder respecto a las demás ciencias—añadí—, si es que algún provecho va a derivarse de nuestras leyes.

XII. —¿Puedes aún recordarme alguna otra ciencia, en este preciso momento—dijo—, no me viene ninguna a la memoria.

—Pues el movimiento, a mi entender—in-sinué—, presenta no una sola forma, sino muchas. Un sabio podría quizá enumerarlas en su totalidad; nosotros, si acaso, esas dos que conocemos.

—¿Cuáles?

—Además de la astronomía—dije yo—, la que se corresponde con ella.

—¿Cuál?

—Parece en verdad—indiqué—que así como los ojos han sido hechos para la astronomía, los oídos lo fueron para el movimiento armónico, y que estas ciencias son como hermanas, al decir de los pitagóricos y de nosotros mismos, Glaucón, que comulgamos en ello. ¿Opones en duda lo que ahora te digo?

—Lo apruebo—dijo.

—Y bien—dije yo—, puesto que la cuestión es difícil, formularemos nuestras preguntas a los que entienden de estas cosas y quizá todavía de algunas otras. Nosotros, sin embargo, no echaremos en olvido nuestro principio.

—¿Cuál?

—Cuidar de que aquellos a los que hemos de instruir no se apliquen a un estudio imperfecto de estas cosas, que no alcance el lugar que debe alcanzar, a la manera como decíamos hace un momento refiriéndonos a la astronomía. ¿O no sabes que proceden en particular con la armonía? Limitándose a la medida de los acordes y sonidos, realizan, al igual que los astrónomos, un trabajo ineficaz.

—Por los dioses—objetó—, no solo resulta ineficaz, sino ridículo. Refiérense a una cierta combinación y aprestan los oídos como si quisiesen atrapar los sonidos del vecino. Y unos dicen que aún oyen un sonido en medio, que viene a ser el más pequeño intervalo posible, por el cual hay que efectuar la medición; y otros, en cambio, afirman que los dos sonidos son claramente semejantes. Ahora bien: ambos se inclinan por el oído antes que por la inteligencia.

—Quieres presentarnos—dije yo—a esos virtuosos músicos que acumulan dificultades a las cuerdas e incluso las torturan, valiéndose

en fin, al mismo sol. Y así, cuando alguien utiliza la dialéctica y prescinde en absoluto de los sentidos, pero no de la razón, para elevarse a la esencia de las cosas, y no ceja en su empeño hasta alcanzar por medio de la inteligencia lo que constituye el bien en sí, llega realmente al término mismo de lo inteligible, como llegó también el dialéctico antedicho al término mismo de lo visible.

—En efecto—asintió.

—¿Pues qué? ¿No es esta la marcha propia de la dialéctica?

—¿Por qué no?

—Vélvete ahora al hombre de la caverna y considérale libre de sus cadenas, desviada su atención de las sombras y dirigida ya hacia las imágenes y al fuego. Suponle que ha iniciado su ascensión desde la caverna hasta el lugar que ilumina el sol y que todavía no es capaz de mirar allí cara a cara a los animales, a las plantas y a la misma luz del astro solar, sino tan solo a los reflejos divinos que transparentan en las aguas y a las sombras de los seres, que ya no son ahora sombras de imágenes proyectada por otra luz que se toma por el sol. Este es el poder que conferimos a las ciencias de que hemos hablado; por ellas puede elevarse la mejor parte del alma a la contemplación del mejor de los seres, al modo como el más excelente de los órganos del cuerpo se eleva a la contemplación de lo más voluminoso en la región de lo corpóreo y de lo visible.

—Apruebo enteramente lo que dices—afirmó—. Y ello, a pesar de que algunas cosas no me parecen fáciles de admitir, ni, por otra parte, de rechazar. Sin embargo, como esto no ha de ser oído tan solo en la presente ocasión, sino que habrá de merecer pródigo examen, demos por hecho que es así como se dice y volvamos a la melodía en sí para estudiarla en la misma forma que el preludio. Dinos, pues, cuál es el modo característico de la facultad dialéctica, en cuántas especies se divide y por qué caminos se llega a ellas. Son estos, al parecer, los que nos pueden conducir a ese lugar en el que, una vez llegados, se nos reserva ya el descanso como al término de la jornada.

—Creo, querido Glaucón—dije yo—, que no vas a ser capaz de seguirme, y no porque te falte todo mi buen deseo. Si así fuese, podrías

del tormento de las clavijas. Pero para no atargar más la descripción hablando, por ejemplo, de cómo golpean a las cuerdas con el plectro y de las acusaciones que les dirigen por la negativa y la jactancia de ellas, prescindiré de esta imagen y diré que no es de estos hombres de los que deseaba hablar, sino de aquellos a los que hace un momento pretendíamos interrogar acerca de la armonía. Por qué, al fin y al cabo, hacen lo mismo que los que se ocupan de la astronomía. Buscan también los números en esos mismos acordes que escuchan, pero no se consagran a los problemas ni consideran, por tanto, qué números son armónicos y cuáles no, y por qué unos lo son y otros no.

—Hablas de una tarea maravillosa—dijo.

—Útil, sin duda—observé—, para la búsqueda de lo bello y de lo bueno, aunque inútil para proseguir otros objetivos.

—Es natural—dijo.

XIII. —A mi juicio—proseguí—, si el estudio de todas esas cosas que hemos mencionado llega a descubrir la comunidad y parentesco que existe entre ellas, e incluso las relaciones íntimas que mantienen unas con otras, nos proporcionará alguno de los fines que buscamos, con lo cual nuestro trabajo no resultará vano; si, en cambio, en cualquier otro caso.

—Estoy de acuerdo contigo—afirmó—; pero esa tarea, Sócrates, parece propia de gigantes.

—¿Quieres decir el preludio—inquirí—o alguna otra cosa? ¿No nos damos cuenta acaso de que todas estas cosas son como el preludio de esa misma melodía que debemos aprender? ¿O no te parece que son dialécticos los hombres que entienden de estas cosas?

—No, ¡por Zeus!, salvo un pequeño número de los hombres con que me he encontrado. —Dime entonces—pregunté—: ¿crees que sabrán algo de lo que decimos que conviene saber quienes no son capaces de dar o de admitir razón de nada?

—Desde luego que no—contestó.

—¿No se encuentra ya aquí, Glaucón—dije yo—, esa melodía que verifica el arte de la dialéctica? Es un arte que, a pesar de su raíz inteligible, puede ser limitada por la facultad de la vista, a la que atribuimos el intento de dirigirse hacia los animales, a los astros y,

contemplar no la imagen de lo que decimos, sino la verdad en sí misma, o lo que a mí me parece ser la verdad. Si estoy en lo cierto o no, es cosa que no vale la pena discutir. De lo que no podemos dudar es de la conveniencia de ver algo semejante. ¿No lo estimas así?

—¿Por qué no?

—¿No es verdad, pues, que solo la facultad dialéctica puede realmente mostrarlo a quien se halle práctico en las ciencias de que hemos hablado? ¿Porque de cualquier otro modo no sería posible?

—Tampoco ofrece duda alguna—dijo.

—Con lo cual—afirmé—se nos ofrece ya algo que nadie podrá discutir, y es que únicamente por este método podrá llegar a descubrirse la esencia de cada cosa. Porque casi todas las demás artes se ocupan o de las opiniones de los hombres o de sus deseos, o de la generación y de las producciones, o del cuidado absorbente de las cosas nacidas o fabricadas. Las artes restantes, como la geometría y las que siguen a esta, a las que atribuimos la aprehensión de una parte del ser, vemos que solo sueñan con la esencia, sin que puedan verla en modo alguno en el estado consciente, a no ser que limiten el uso de la hipótesis al no poder dar razón de ellas. Pues si se desconoce el principio y, así mismo, la conclusión y las proposiciones intermedias que le sirven de base, ¿cómo será posible otorgar el nombre de ciencia a todo este proceso?

—No es posible—contestó.

XIV. —Es, pues—añadí—, el método dialéctico el único que se encamina a aquel fin, prescindiendo en absoluto de las hipótesis para robustecer su mismo principio. Y saca suavemente al ojo del alma del bárbaro ciego en el que se encuentra sumido y se eleva hacia lo alto, sirviéndose para ello, como compañeros de trabajo y colaboradoras suyas, de las artes que hemos enumerado. Por seguir la costumbre, dábamos muchas veces a estas el nombre de ciencias; pero reconocemos que están necesitadas de otro nombre, de más evidencia que la opinión, pero a la vez más oscuro que la ciencia. Ya con anterioridad utilizábamos la denominación de pensamiento, aunque, a mi entender, no conviene detenerse en una disputa de nombres cuando hay otras muchas cosas que investigar.

—En efecto—afirmó.

—Por tanto, ¿será suficiente mostrar tan solo con claridad la constitución de la cosa?

—Sí, lo será.

—Y también—añadí—llamar, como antes, ciencia a la primera parte; pensamiento, a la segunda; fe y conjetura, a la tercera. Estas dos últimas constituyen la opinión, y las dos primeras, la inteligencia. Aplícase la opinión a la generación, y la inteligencia a la esencia; de modo que la misma relación hay entre la inteligencia y la opinión que entre la esencia y la generación, e igualmente entre la inteligencia y la opinión que entre la ciencia, de una parte, y la fe y la conjetura, de otra. Séanos permitido, Glaucón, prescindir por ahora de la analogía que se nos ofrece, e incluso de la división en dos partes de lo opinable e inteligible, para no recaer en una discusión mayor que la que nos ha envuelto.

—En cuanto puedo seguirte—dijo—, me parece que puedo concordar contigo.

—¿No das tú, por cierto, el nombre de dialéctico al que alcanza la esencia de cada cosa? ¿Y no dices también del que no la alcanza, ya para pecararse de ella o para hacerla conocer a los demás, que no la ha visto con su inteligencia?

—No podría decir otra cosa—afirmó.

—Pues con el bien nos encontramos en el mismo caso. De todo aquel que no es capaz de precisar con la razón la idea del bien, distinguiéndola de todas las demás, y como en una batalla triunfar de todas las objeciones; pero no fundándose en la opinión, sino apoyado fervientemente en la esencia de las cosas, que le pondría al cabo de todos los obstáculos, ¿no dirás que, precisamente por ser de ese modo, ni alcanza a conocer el bien en sí ni ninguna otra cosa que sea buena y que, a lo sumo, podrá percibir alguna imagen del bien por la vía de la opinión, pero no por la vía de la ciencia? ¿No afirmarás también que pasa por esta vida como dominado por el leíargo del sueño y en un continuo ensueño, que no tendrá ya fin hasta que marche al Hades y duerma allí para siempre el sueño verdadero?

—Sí, ¡por Zeus!—contestó—; diré todo eso con plena convicción.

—Por tanto, de tener que educar en alguna ocasión a esos hijos tuyos, que ahora formas

disfrutase de unas condiciones de carácter excepcional.

—El error y la infamia—proseguí—que ahora se atribuyen a la filosofía, y que antes ya fueron tratados por nosotros, son debidos a que privan en ella hombres indignos de este estudio, esto es, espíritus bastardos y no legítimos.

—¿Cómo?—dijo.

—En primer lugar—dije yo—, no deberá ser un hombre vacilante en cuanto a su laboriosidad aquel que se dedique a la filosofía; y su amor al trabajo tendrá que ser total y no distribuirse en partes, que es lo que ocurre cuando uno ama la gimnasia y la caza y toda clase de esfuerzos corporales; pero no es, en cambio, amigo de la ciencia, ni ansioso de escuchar o de investigar, sino, al contrario, odiador de todas estas actividades. Hombre de esta clase puede considerarse también el que procede de manera contraria.

—Ni más ni menos—afirmó.

—¿No merecerá igualmente el nombre de lista, en relación con la verdad—pregunté—, aquella alma que odia la mentira voluntaria y la sobrelleva con dificultad, irritándose en extremo con los que la practican, pero que acepta complacida la mentira involuntaria y no se molesta cuando se la advierte de su ignorancia, sino que, antes bien, procede a ensuciarse en ella como lo haría un vulgar puerco?

—Claro que sí—dijo.

—Así, pues, la vigilancia que debemos observar—añadí—habrá de extenderse a la templanza, al valor y a todas las demás virtudes, por lo que respecta a la distinción entre el hombre bastardo y el de buen linaje. Porque es bien sabido que cuando un particular o una ciudad no aciertan con esta distinción, se ven precisados a convertirse en el servicio de la amistad o del gobierno, de hombres cojos, en un caso, o bastardos, en otro.

—Cosa muy frecuente, por cierto—asintió.—Por tanto, hemos de poner un cuidado sumo en todas esas cosas—advertí—. Si realmente prodigamos nuestra educación a hombres bien conformados en cuerpo y en espíritu y, además, los aplicamos a estas enseñanzas y ejercicios, la justicia misma no podrá censurarnos nada, y salvaremos así la ciudad e

y educas imaginariamente, no les permitirás, a mi juicio, que fuesen gobernantes en la ciudad ni dueños en ella de las cosas más importantes, si se portan como líneas irracionales.

—Desde luego que no—dijo.

—¿Les impondrías, en cambio, que se ocupasen en mayor grado de aquella educación que les haga más hábiles para preguntar y responder?

—Se lo impondría—dijo—, en pleno acuerdo contigo.

—¿No te parece, pues—pregunté—, que la dialéctica viene a ser como un coronamiento en lo más alto de las demás enseñanzas, y que ninguna de estas puede ser colocada en un plano superior, ya que es ella, precisamente, la culminación de todas?

—Sí, me lo parece—contestó.

XV. —Solo resta precisar—añadí—la distribución de estas ciencias y de qué modo las enseñaremos.

—Sin duda—dijo.

—¿Recuerdas la primera elección de nuestros gobernantes y cuáles eran realmente los elegidos?

—¿Cómo no?—dijo.

—Bajo cualquier punto de vista—advertí—considera las naturalezas que deben ser elegidas. Habrá que escoger, sin duda, a los más firmes y a los más valerosos y, siempre que sea posible, a los más hermosos. Además, procuraremos no solo que sean nobles y graves de carácter, sino también que posean las condiciones adecuadas a esta educación.

—¿Y cuáles podrán ser esas condiciones?

—Les convendrá disponer, querido amigo—dije yo—, de una agudeza especial para las ciencias, en las que no habrán de encontrar dificultad alguna. Porque las almas se acobardan más en los estudios difíciles que en la práctica de la gimnasia; en este caso, el trabajo es exclusivo de ellas y no se hace común con el cuerpo.

—Verdaderamente—dijo.

—Deberá contarse, pues, con personas dotadas de memoria, firmes de carácter y laboriosas a ultranza. De otro modo, ¿cómo crees que iba nadie a esforzarse no solamente con esos trabajos corporales, sino también con una dedicación y una solícitud de tal naturaleza?

—Nadie, desde luego—advertió—, que no

incluso el régimen político. De cualquier otro modo, esto es, dedicando a estos trabajos a hombres de condición distinta, el resultado será totalmente contrario, con lo cual procuraremos a la filosofía un ridículo todavía mucho mayor.

—Cosa vergonzosa, por supuesto—dijo.

—En efecto—afirmé—. Pero me parece que yo mismo estoy cayendo en el ridículo.

—¿Qué quieres decir?—preguntó.

—Pues que me he olvidado—añadí—de que todo esto no es más que un proyecto, y lo he tomado con mucho calor. Y es que al hablar miré a la vez a la filosofía, y viéndola tan indignamente ultrajada, subió de punto mi irritación, e indignado contra los culpables, puse un celo desmedido en su defensa.

—No, ¡por Zeus!—dijo—, no me parece esa la opinión del que escucha.

—Pero si me parece la mía—atajé—, que soy el que habla. Pon empeño en recordar que en nuestra primera elección escogíamos a hombres ancianos, cosa que no sería posible en esta. Porque no debe creerse a Solón cuando dice que un anciano puede aprender muchas cosas. Más fácil le resultará correr, pues todos los trabajos grandes y numerosos son de competencia de los jóvenes.

—Necesariamente—dijo.

XVI. —Por consiguiente, será preciso inculcar a los niños la ciencia de los números, la geometría y cualquier otra instrucción que preceda y conduzca a la dialéctica. Pero toda esa didáctica no deberá en modo alguno hacer uso de la fuerza.

—¿Por qué?

—Porque un hombre libre—advertí—no podrá recibir su enseñanza como si se tratase de un esclavo. Pues si es verdad que los trabajos corporales no disminuyen la fortaleza del cuerpo, si lo es que no persevera en el alma cualquier conocimiento adquirido por la fuerza.

—Desde luego—dijo.

—No habrá, pues, querido amigo, que emplear la fuerza para la educación de los niños; muy al contrario, deberá enseñarse jugando, para llegar también a conocer mejor las inclinaciones naturales de cada uno.

—Tienes razón en lo que dices—asintió.

—¿Y no recuerdas—pregunté—que hablabá-

—¿No te das cuenta—dije yo—del gran mal que reina en estos momentos en la dialéctica?

—¿Cuál es?—inquirió.

—Esa infracción de la ley—dije yo—que la vicia por todas partes.

—Efectivamente—dijo.

—Pero ¿no consideras algo extraño—pregunté—lo que les ocurre a los dialécticos? ¿No les perdonas su falta?

—Explicame mejor—dijo.

—Supón—añadí—que un hijo ilegítimo se hubiese formado entre grandes riquezas, en el seno de una familia noble y numerosa y rodeado de muchos aduladores. Supón también que, al llegar a la mayoría de edad, se apercebe de que no es hijo de los que dicen ser sus padres, pero que no encuentra a los que realmente lo son, ¿podrías imaginarte la situación de este hombre en relación con sus aduladores y con sus pretendidos padres antes y después de conocer la suplantación de que fue objeto? ¿O quieres escuchar lo que yo pienso?

—Sí, prefiero escucharte—dijo.

XVII. —Yo me imagino—proseguí—que honraría más al padre, a la madre y a todos los demás pretendidos parientes que a los aduladores, y que llevaría a mal el que estuviesen privados de algo, procurando no decir o hacer cosas que les molestasen. Desde luego, en el tiempo en que no conociese la verdad mostraría más obediencia a aquellos que a los aduladores respecto a las cosas más importantes.

—Naturalmente—dijo.

—Me imagino también que, una vez sabedor de la verdad, honraría y trataría con más interés a los aduladores que a los pretendidos padres y que obedecería a aquellos en mucho mayor grado que antes, viviendo y relacionándose con ellos de una manera más abierta. Ya, pues, no se preocuparía en absoluto de aquel padre y de los pretendidos parientes, a no ser que dispusiese de una naturaleza virtuosa.

—Todo ocurriría como tú dices—contesté—. Pero ¿qué relación tiene la imagen que presentas con los hombres que usan de la dialéctica?

—La siguiente. Hay en nosotros, desde niños, unos principios sobre lo justo y lo bello, en los que hemos sido educados como por unos

padres, obediéndolos y honrándolos a la manera debida.

—Así es.

—Pero hay así mismo otros principios contrarios a estos, detentadores del placer y que halagan a nuestra alma y la atraen hacia sí, aunque sin convencer a los hombres mesurados, que honran y obedecen a los principios heredados de sus padres.

—En efecto.

—Pues qué—dije yo—, cuando al hombre que así procede se le pregunta qué es lo bello, y al responder con lo que escuchó del legislador se le refutan sus razones, y por insistir muchas veces y de muchas maneras se le inclina a pensar que no hay nada bello que no pueda ser considerado como vergonzoso y que lo mismo puede decirse de lo justo y de lo bueno y de todas las cosas que él más estimaba, ¿no crees que, después de esto, mostrará una disposición análoga respecto a la honra y a la obediencia que les debe?

—Por fuerza—dijo—, y ya no las honrará ni obedecerá de la misma manera.

—Por tanto—indicé—, cuando no las considere como preciadas y propias ni, por otra parte, alcance a encontrar la verdad, ¿a qué otra vida podrá acercarse con más razón que a aquella que le llena de lisonjas?

—A ninguna otra—contestó.

—A mi juicio, parecerá haber cambiado de actitud, presentándose ahora como contrario a las leyes.

—Necesariamente.

—¿No es, pues, natural—inquirí—esta caída de los que se dedican a la dialéctica, y, como antes decía, no son merecedores de que se los perdone?

—E incluso de que se tenga compasión de ellos—añadí.

—Pues bien, para que no den lugar a esa compasión unos muchachos entrados ya en los treinta, ¿no habrá de precaerse a todo evento en el uso de la dialéctica?

—Desde luego—dijo.

—Y no será también una excelente medida de precaución la de que no tanteen la dialéctica cuando todavía son jóvenes? No se te habrá escapado que cuando los adolescentes han llegado a probar los argumentos dialécticos se sirven de ellos como si estuviesen en juego,

tomándolos siempre como base de sus objeciones. Y a imitación de los que contradicen, refutan a su vez a los demás y gozan a cuantos se acercan hasta ellos.

—Maravillosa descripción—dijo.

—Y luego, cuando ya han refutado a muchos y han sufrido también sus refutaciones, concluyen rápidamente por no creer en nada de lo que antes creían. Con ello no solo se desacreditan ante los demás, sino también en todo lo que concierne a la filosofía.

—Efectivamente—dijo.

—Cosa que no ocurrirá al hombre adulto —agregué—, porque no querrá participar de esta manía, sino que tratará, antes bien, de imitar a quien desea esforzarse para descubrir la verdad que a los que se entregan a la discusión tan solo por juego y diversión. Procediendo así, ese hombre pasará por persona moderada y reportará a la actividad filosófica un crédito del que antes carecía.

—Sin duda alguna—asintió.

—¿Y no fue como medida de precaución por lo que se había dicho lo anterior, esto es, que el cultivo de la dialéctica debe reservarse a los hombres de natural ordenado y firme y no, como ahora, al primero que llega y sin disposición alguna para ella?

—Desde luego—dijo.

XVIII. —¿Bastará, pues, con que se fije para el estudio de la dialéctica una asiduidad e intensidad que excluyan cualquier otra dedicación, y que ese estudio se corresponda perfectamente con los ejercicios corporales, pero en un número de años doble que estos?

—¿Cuántos años quieres decir? ¿Seis o cuatro?—preguntó.

—No te preocupes por eso—dijo—. Admite que sean cinco. Ahora bien: después de esto, los obligaré a que bajen a la caverna y se verán en la necesidad de desempeñar los empleos militares y cuantos sean propios de la edad juvenil, para que no cedan a nadie en experiencia. Y aún habrá de ponérselos a prueba para comprobar si se mantienen firmes o si cambian de lugar cuando se los arrastra en todas direcciones.

—¿Y que tiempo señalas para esta prueba? —Quince años—contesté—. Luego, una vez llegados a los cincuenta, a los que hayan

superado todos los obstáculos y descollado extraordinariamente tanto en la ciencia como en la práctica, habrá que inclinarnos a que dirijan la mirada de su alma al ser que proporciona la luz a todos, pues así, viendo el bien mismo, se servirán de él como modelo cuando, en el resto de su vida, les llegue el turno de atender a la ciudad, a los particulares o a sí mismos. Es cierto que dispondrán del mayor tiempo posible para el estudio de la filosofía; pero a la vez, y llegada la ocasión, tomarán con más celo los asuntos políticos y se dispondrán a gobernar a la ciudad, no ya poseídos de que es un bien el que hacen, sino una impetuosa necesidad. Con el cumplimiento de esta tarea y la preparación de otros hombres que puedan sucederlos en el cuidado de la ciudad, aquellos de que hablamos podrán partir felizmente hacia las islas de los bienaventurados. Y la ciudad perpetuará su memoria con mausoleos y sacrificios públicos, como si se tratase de genios, y si no, de espíritus bienaventurados y divinos, siempre que así lo autorice la pitonisa.

—¡Bien hermosos resultan, Sócrates—exclamó—, esos gobernantes que acabas de mencionar a la manera de los escultores!

—Gobernantes y gobernantas, Glaucón —dijo yo—. Pues no vayas a pensar que en todo lo que he dicho me refería más a los hombres que a las mujeres igualmente dotadas de una naturaleza conveniente.

—Perfectamente—aprobó—, si, como hemos dicho, todas las tareas han de ser comunes entre las mujeres y los hombres.

—Pues qué—dijo—, ¿concederéis entonces que no son vanos deseos los que acabamos de formular en torno a la ciudad y a su régimen político, sino proyectos que, aunque difíciles, son de algún modo realizables, una vez que gobiernen la ciudad uno o varios hombres que, como verdaderos filósofos, muestren desprecio por las honras de ahora, considerándolas impropias de seres libres e indignas de estimación? Su mayor aprecio, por el contrario, lo aplicarán a lo recto y a los honores que esto procura, en el pensamiento de que es lo justo la cosa más importante y necesaria, a la cual servirán y tratarán de engrandecer cuando emprendan la reforma de su ciudad.

—¿Cómo?—dijo.

—Relegarán al campo—advertí— a cuantos haya en la ciudad que cuenten más de diez años, y se harán cargo de sus hijos para sustraerlos a las costumbres de esta hora, que también practican sus padres, educándolos, en cambio, de acuerdo con sus costumbres y sus leyes, tal como anteriormente se ha indicado. De esta manera quedará establecido la ciudad, rápida y fácilmente, el régimen político a que nos referíamos, el cual, si es realmente feliz, reportará también las mayores ventajas al pueblo que lo disfrute.

—¿Son entonces suficientes—pregunté yo— las razones aducidas en favor de esta ciudad y del hombre que deba habitarla? Porque se muestra claro también cómo debe ser el hombre que hemos de proponer.

—No hay duda—contesté—. Y como tú dices, me parece que la cuestión ha quedado zanjada.

LIBRO OCTAVO

I. —¡Ea, pues, Glaucón, hemos convenido en que en una ciudad debidamente regida habrán de ser comunes las mujeres, los hijos y toda la educación y, así mismo, cuantas actividades tengan relación con la guerra y con la paz. Serán reyes de ella aquellos hombres que se distinguen entre todos en lo concerniente a la filosofía y a las artes bélicas.

—Sí, en eso hemos quedado—asintió.

—Nuestro acuerdo se extendía también a lo siguiente: admitimos que, una vez instituidos los gobernantes, llevarían a los guerreros a unas viviendas como las descritas, en las que no existiría nada de carácter particular, sino común, para todos. Además de la disposición de las viviendas, recordará cuáles eran los bienes que acordáramos concederles.

—Recuerdo, en efecto—dijo—, que nos parecía conveniente que nadie poseyera ninguna de las cosas que ahora poseen los demás y que, cual atletas de la guerra y guardianes de la ciudad, les prescribiáramos un salario por su labor, que consistiría en la alimentación anual a entregar por los otros ciudadanos. Ellos, en cambio, deberían atender al cuidado de sí mismos y de la ciudad.

—Bien dices—afirmé—. Pero, ya que hemos dado fin a todo esto convendría recordar de dónde nos desviáramos para volver de nuevo al punto de partida.

—No resultará difícil—dijo—. Casi aducias las mismas razones que ahora, como si hubieses

agotado el repertorio en lo tocante al gobierno de la ciudad. Y decías que considerabas como buena a la ciudad entonces descrita y al hombre adecuado para ella, aunque admitías todavía una ciudad y un hombre mejores que esos. Añadías que si esta ciudad era buena, las demás tendrían que parecer defectuosas, y de los restantes regímenes políticos afirmabas, según recuerdo, que podrían clasificarse en cuatro especies, de los que habría que examinar y contemplar sus defectos y los hombres que a ellos convenían. Con este examen se nos facilitaría el juicio sobre estos hombres, y ya nos sería posible convenir en cuál es el mejor y el peor de ellos, para investigar a continuación si el mejor es el más feliz y el peor el más desgraciado, o, si, por el contrario, ocurre de otro modo. Cuando yo te preguntaba por esos cuatro regímenes políticos de que hablabas, he aquí que tomaron la palabra Polemarco y Adimanto, con lo que te envolvieron en la digresión que nos ha conducido hasta aquí.

—Tu recuerdo—le dije yo—es perfectamente exacto.

—Permite entonces que, al igual que si fueses un luchador, vuelva a asirte por el mismo sitio. Por ello, cuando incida en mis preguntas, intenta contestar con lo que antes tenías preparado.

—Si puedo—advertí—, no dejaré de hacerlo. —Pues créeme—dijo—que estoy deseando